

**RICARDO ISRAEL Z.: *Para entender el fin de siglo.***

Ediciones Halbo, Santiago, noviembre de 1991

Ricardo Israel es un autor muy conocido para los lectores de estas páginas. El libro que comentamos es una recopilación de ensayos publicados entre 1985 y 1991, dos de los cuales aparecieron en *Política*. Entre todos los artículos existe una línea común, que consiste en dirigirse a explicar los acontecimientos del mundo en que vivimos. Sin embargo, cada ensayo mantiene un grado de individualidad tal, que le permite ser leído en forma separada. Su estilo es ágil; pero no abrumador: el libro se lee rápido—tal vez en unas cuantas horas—pero es tan interesante que se puede releer.

En lo referente al análisis, el propio autor advierte en la Introducción que generalmente “los docentes y comentaristas interpretan los hechos con el esquema teórico de que disponen, el cual normalmente tiene más de una década de retraso. Así analizan el mundo de 1990 con el esquema del mundo que estudiaron intelectualmente, es decir el de 1970” (p. 12). No hay presunción en las palabras de Israel, esta es una verdad, que se aplica a la mayoría de los analistas de nuestro país—aunque tampoco se puede generalizar, cosa que el autor no hace, porque hay excepciones—.

El tema del libro y su estilo es tan novedoso, que incluso el autor se permite inventar algunos neologismos—tales como sobrevida (p. 43), subdesarrollarse (p. 59) o centralidad (p. 152)—, que tal vez, en otro contexto serían inaceptables, desentonarían; pero aquí resultan insustituibles para explicar ciertas ideas.

Un aporte metodológico interesante es la distinción que el autor hace entre “historia larga” e “historia corta”. Por historia larga se entiende “aquellos cambios de enorme trascendencia, determinantes de la forma de actuar y comportarse de los hombres, internos más que externos y por lo tanto, perdurables” (p. 19). La historia corta está conformada por “aquellas noticias que aún siendo espectaculares, no trascienden y son olvidadas por las generaciones siguientes” (p. 49).

El autor hace ver que avanzamos hacia una nueva sociedad, ni mejor ni peor, sólo diferente (p. 79). Esa es una de las características de toda la obra, no calificar nada en términos de bueno o malo, en un intento de permanecer neutral, de no aparecer abanderizándose por nada. En otra parte señala “que el componente más importante del proceso de desarrollo social e individual es el ético” (p. 92). Al referirse a la genética reconoce que “las mayores preguntas planteadas no son técnicas, sino morales” (p. 22). Un capítulo entero de uno de los ensayos, se titula “Ética, maquinaria y valores” (p. 88). En otro lugar expresa que “no todo lo técnicamente posible es moralmente lícito” (p. 151). En la obra se plantea insistentemente el tema ético; pero Israel no pasa de ahí, se queda intencionalmente fuera de él. De manera que deja a otros la calificación de lo que él simplemente describe; pero no cabe duda que toda su obra es una apelación apremiante a que se trabaje en moralidad, cuyos problemas más importantes ha dejado planteados.

Toda la obra se dirige a saber hacia dónde vamos; los ensayos en que se trata, específicamente temas del pasado, han sido incluidos debido a que explican el presente o, más bien, el futuro. Israel expresa, en la introducción, “creo que he sido capaz de entender el futuro porque finalmente logré conocer—a través del estudio— el pasado” (p. 12). Estos ensayos acerca del pasado, que podrían ser denominados “históricos”, son: “Marx y el Marxismo”, “La Revolución de octubre y Lenin” y, parcialmente, “El Postcomunismo”. En este último artículo difiero con el autor en una de sus apreciaciones; él señala que “con cierta probabilidad Francia se acercará más a la Unión Soviética, y países como Checoslovaquia y Polonia buscarán protección—aún en la antes odiada Rusia— frente al poderío alemán” (p. 52). Me parece que, también con cierta

probabilidad, el país de checos y eslovacos se dividirá, acercándose los checos más a Alemania y los eslovacos más a Austria; Polonia se debate actualmente entre dos frentes internos que pretenden determinar la política de defensa, uno pretende acercarse o ingresar a la NATO y el otro permanecer dentro del ámbito de los países del Este, del antiguo Pacto de Varsovia. En todo caso, política y culturalmente, Polonia se ha acercado más a Francia, incluso se ha planteado establecer en Polonia un régimen de gobierno presidencial similar al francés, que, sin duda sería el más apropiado. En cuanto al fantasma del "poderío alemán", creo que no hay que temer, pues debido a la "Reeducation" y al proceso de desnación sufrida por Alemania después de la II Guerra, pienso que a este país le falta uno de los elementos para ser una superpotencia; la fuerza moral; además, un país con una tan baja tasa de natalidad no puede mantener, por mucho tiempo, una posición de líder mundial.

Sin abandonar el Viejo Continente, refiriéndose al integracionismo de la Comunidad Europea, el autor señala que es "improbable que los parlamentos renuncien a sus derechos en favor de burocracias no electas por nadie. Es difícil imaginarse la Cámara de los Comunes renunciando a cinco siglos de soberanía en favor de Bruselas". Esto fue escrito en 1990 y los hechos le han dado la razón en 1992: el referéndum en Dinamarca; el resultado del de Francia donde la tesis de Maastricht triunfó por un porcentaje mínimo, dejando al descubierto que, por lo menos, la mitad de los franceses no está de acuerdo con la unión europea tal como se ha planteado. La opinión pública de la mayoría de los países europeos reniega de Maastricht, de manera que la integración europea deberá ser propuesta en otros términos, si quiere ser aceptada por la población, que, efectivamente, ha rechazado a los burócratas de Bruselas.

El catastrofismo de la década del 60, alentado por el Club de Roma, es otro de los temas al que el autor, en varios ensayos se refiere: "contrariamente a lo afirmado en su oportunidad no existe déficit de recursos en la tierra. Si se hubiesen concretado aquellas predicciones, hoy debiera haber déficit de alimentos y de combustibles fósiles. Nada de ello ocurrió. Por el contrario, la mayoría de los países son hoy autosuficientes en granos" (p. 17); en otra parte señala: "Hoy 25 años después, toda la evidencia va en el sentido contrario a lo asegurado por el informe titulado 'Límites al crecimiento'... ¿Dónde se equivocó el Club de Roma con sus pronósticos? Alimentaron sus computadoras con la información proporcionada por el conocimiento entonces existente. Más allá del dato de ser primera vez que la humanidad discutió en torno a los juicios de una máquina, en sólo un cuarto de siglo el conocimiento creció enormemente: se encontraron respuestas inesperadas para algunos problemas y el catastrofismo dejó de estar de moda" (p. 84).

Sin duda, la humanidad ha vivido permanentemente en cambio; pero la velocidad con la que nuestra sociedad ha "evolucionado", en las últimas décadas es vertiginoso. "Nos encontramos en una etapa de transición. De ahí la sensación de crisis generalizada, de eventos no controlados, de sucesos agobiantes" (p. 21). Hacia dónde estamos siendo conducidos es una de las interrogantes que el autor intenta contestar en el capítulo titulado 'La perestroika de Occidente', que, consolidada en los países desarrollados, está siendo exportada hoy a los subdesarrollados (p. 90). Aquí nos enfrentamos nuevamente con el tema moral, al referirse el autor al componente ético de los modelos de desarrollo (p. 91). Hace ver asimismo, que 'un boom económico no transforma a un país en una sociedad desarrollada' (p. 91).

En las naciones industrializadas existe hoy un movimiento que se podría denominar "antimaquinismo", que se traduce en un rechazo a todo lo que sea tecnología y un ansia de vivir sin su producto, las máquinas. A propósito de esto, Israel hace ver con acierto que éstas son "un producto tan humano como puede serlo una obra de arte o una novela. Se olvida que son creadas por nosotros" (p. 94)). La tecnología —señala en otro lugar— es clave para entender la sociedad actual (p. 89); hoy en día vivimos una "revolución tecnológica", que, a diferencia de una revolución política, no genera una contrarrevolución (p. 85), pues las revoluciones científicas, a diferencia de las sociales, se transforman en universales e irreversibles (p. 145). La

revolución actual nos hace movernos desde una sociedad industrial hacia una informatizada; el autor señala que el impacto de esta revolución será total (p. 144).

En cuanto a los países en desarrollo, Israel insiste en que no se trata de imitar: el "éxito no pasa por la imitación. Al contrario, el gran error reside en el intento de calcar mecánicamente lo realizado por otros. La exportación de instituciones políticas y económicas de tan buenos resultados en Estados Unidos o Gran Bretaña generalmente ha terminado en el fracaso" (p. 20). "Los países exitosos son innovadores... A diferencia de los países latinoamericanos que en la feliz expresión de Octavio Paz 'Adoptan sin Adaptar', ellos por el contrario, adoptan lo mejor de otros lugares, abandonando la imitación mecánica" (p. 86). Este tema es expuesto extensamente en un interesante ensayo titulado "A propósito de la potencia: ¿Por qué lo exitoso en Estados Unidos fracasa en otros países? o ¿Cómo se creó un país como Estados Unidos?". En él Israel explica, muy acertadamente, que los constituyentes norteamericanos no cometieron el error de sus congéneres hispanoamericanos, sino que construyeron sobre terreno abonado, sin partir de cero, como éstos (p. 134).

Aquí el autor plantea una interrogante: ¿serán Europa Central y del Este los últimos países de una larga lista de fracasos por intentar aplicar sin más instituciones políticas norteamericanas? (p. 112). Personalmente creo que no serán el próximo fracaso, porque no se han limitado a copiar el modelo político-económico existente, ni en Estados Unidos, ni en Europa occidental. Éstos son países que tienen una rica tradición cultural —incluyendo los aspectos políticos y económicos— y que, por tanto, no necesitan imitar. El modelo que han adoptado, sin ser una tercera vía, está lejos de ser el frío capitalismo económico ni liberalismo político, que no tiene nada que ver con su idiosincracia.

Casi al término del libro, Israel se refiere concretamente a Chile y el camino que debemos seguir para alcanzar el ansiado desarrollo económico. "El consejo es uno solo, acercarse lo más posible a esta nueva sociedad, a través de la inversión en Ciencias y Tecnología, ya que en forma cada vez mayor el nivel de vida de los países está vinculado a su capacidad para crear y utilizar conocimiento... Por lo tanto, investigación en Ciencia y Tecnología, trabajo duro e inversión a largo plazo en educación... son el camino más corto para el mejoramiento de las condiciones de vida de un país" (p. 153). Estos dos párrafos destinados a Chile dejan con ansias de que el autor profundice un poco más en el tema del desarrollo de nuestro país —tal vez en un futuro libro—. Los contornos de la inversión en ciencia y tecnología, a la cual se ha referido son muy difusos y replantean una vieja discusión, que tuvo lugar en Chile a fines de la década del 70.

En fin, existe una serie de otros temas importantes que han sido analizados en la obra en comentario —el tema del poder, la proposición de un lobby, en Estados Unidos para Latinoamérica, el hambre como problema ético la crítica a la estrategia de la CEPAL, el subdesarrollo espiritual de las sociedades más ricas, las características de la perestroika de Occidente, entre otros—; sin embargo, me he limitado a los que personalmente me han parecido más interesantes.

MARTA SALAZAR SÁNCHEZ